

## Sin cambios en seguridad

El problema de la inseguridad ciudadana no es, como ingenuamente se piensa, solamente un asunto de más policías o más recursos o leyes más duras.

A comienzos de semana, el presidente mexicano, Vicente Fox, pronunció un dramático discurso, en el cual señaló que la seguridad ciudadana es el principal problema que afronta su país, y que están haciendo todo lo posible por controlarlo. Con elecciones presidenciales en julio de este año, nadie cree que Fox pueda, ya no resolver, sino siquiera empezar un cambio fundamental en este asunto.

Como en México, la seguridad es un tema que está cobrando proporciones angustiosas en casi todos los países de América Latina.

En Centroamérica imperan las 'maras', enormes pandillas juveniles vinculadas al crimen organizado que cometen todo tipo de delitos con enorme violencia. Se calcula que unos 100,000 jóvenes pertenecen a estas pandillas que no solo roban, trafican drogas, violan, sino que también cometen asesinatos con extrema crueldad.

Las 'maras' tuvieron su origen en Los Ángeles, EE.UU., y luego que muchos jóvenes fueron expulsados de ese país, se extendieron como una incontrolable mancha de aceite en los países de origen de esos noveles delincuentes.

Las maras también están incursionando en México, país cuya corrupción policial tiene fama universal.

**SUDAMÉRICA.** En Sudamérica la situación es muy grave en Venezuela, Brasil y Colombia. En estos países, los niveles de violencia delincriminal son también altísimos. En algunos casos, la incidencia de ciertos delitos, como el secuestro, es descomunal, como ocurre en Colombia. Allí los terroristas de las FARC o los delincuentes comunes pueden tener a los secuestrados meses o años, y no es infrecuente que los torturen y asesinen.

En Caracas, cada fin de semana se cuentan por decenas -a veces más de un centenar- los homicidios.

En Río de Janeiro, una de las características es que los barrios pobres, las favelas, se han edificado en los cerros, en medio de los barrios de clase media y alta.

Hace un tiempo, estaba con mi esposa en un hotel de Río, y en la noche oímos disparos relativamente cerca. Al día siguiente, leyendo los periódicos, nos enteramos lo que había ocurrido. Una banda de delincuentes bloqueó una autopista cercana y ordenó a los pasajeros que bajaran de sus vehículos. Un par de ellos, que se demoraron o se pusieron nerviosos, fueron asesinados. Una vez que se hicieron con 8 o 10 automóviles, los delincuentes subieron a una favela cercana para atacar a la banda que la controlaba. Allí se desarrolló una batalla campal entre las gavillas de delincuentes.

Eso no es raro en Río. Las favelas están dominadas por bandas generalmente vinculadas al narcotráfico, y con frecuencia estallan sangrientas batallas por el control de la barriada.

**INCENTIVO PARA EL CAMBIO.** El periodista Andrés Oppenheimer cree que el problema de la seguridad es el que puede hacer cambiar a América Latina. En su último libro, "Cuentos chinos", se pregunta qué puede hacer que las elites políticas y económicas del continente se interesen realmente en un cambio, habida cuenta de que a ellos les va muy bien, aunque a la mayoría de la población no le ocurra lo mismo.

¿Cuál es el incentivo para el cambio?, se pregunta Oppenheimer. La calidad de vida que se está deteriorando para todos, es su respuesta.

El argumento es que la inseguridad está haciendo la vida muy difícil a todos en América Latina, incluidos los ricos. Hasta ciudades que hace muy poco eran seguras, como Buenos Aires, se están convirtiendo en problemáticas, dice Oppenheimer. La crisis, la

pobreza, la disgregación familiar, y otros factores asociados a la situación de inestabilidad, están generando niveles de delincuencia y violencia que afectan a todos. Eso podría incentivar a las elites a producir un cambio.

El argumento es teóricamente impecable. Si esas elites actuaran racionalmente, se darían cuenta de que se necesitan esos cambios para evitar que nuestras sociedades sigan desintegrándose y que América Latina se convierta, en no mucho tiempo, en un continente irrelevante.

Como señala el mismo autor, los pronósticos de aquellos que hacen análisis estratégicos muestran que América Latina, con pocas excepciones, seguirá retrasándose en la competencia mundial y quedando cada vez más relegada en un mundo globalizado.

**PERO NO OCURRE.** Sin embargo, la experiencia viene demostrando que esos cambios no se están produciendo y que difícilmente ocurrirán. Veamos en concreto lo que sucede en el Perú.

Desde que el premier Pedro Pablo Kuczynski anunció que la seguridad ciudadana estaría en el centro de la acción del nuevo gabinete, las cosas no han mejorado mucho. De hecho, ya está por cumplirse el plazo de seis meses que él mismo fijó para mostrar resultados, y estos no aparecen por ninguna parte. (Aunque hay que reconocer que se ha mejorado en relación con las desastrosas gestiones de Javier Reátegui y Félix Murazzo.)

Es verdad que ha habido cierta voluntad para hacer algo en el campo de la seguridad y por primera vez en lo que va de este gobierno se han entregado más recursos al Ministerio del Interior. Pero hace falta mucho más que eso.

Precisamente porque la seguridad ciudadana es un problema más complejo que entregar mayores recursos y eventualmente poner más policías en las calles, es que el asunto no se resuelve ni en el Perú y en América Latina. Si se tratara de eso, algunos países con economías más sólidas ya lo hubieran resuelto.

**CORRUPCIÓN.** Un asunto clave es la corrupción que atraviesa las instituciones y la sociedad. Si eso no se combate con políticas adecuadas y severas, no habrá cambio posible.

Casi nadie se atreve siquiera a hablar del tema, menos aun a afrontarlo en los hechos. La inmensa mayoría de los candidatos ha puesto al frente de sus planes de gobierno a policías o militares en retiro. Ellos, por supuesto, ni mencionan lo que es un problema crucial.

No quiere decir que todos sean corruptos, pero sí que están acostumbrados a convivir con la corrupción. Lo han hecho durante décadas en sus instituciones. No se les puede descalificar por eso, dado que no hay manera de mantenerse en la institución sin cerrar los ojos ante lo que ocurre ahí. Pero esas personas no pueden impulsar los cambios.

Casi ningún político lo entiende así. Quizás las únicas excepciones sean Lourdes Flores y Susana Villarán, que sí plantean reformas en la Policía.

Aquí las cosas no han llegado todavía a límites incontrolables, como en México u otros países. Pero si se pretende obviar el problema y mirar para otro lado, entonces en algún momento terminaremos en una situación similar.

**INTEGRALIDAD.** El otro problema decisivo, que también se experimentó aquí cuando se puso en práctica la reforma policial, es que no se puede avanzar mucho si no hay cambios en otras instituciones.

Concretamente en el Poder Judicial y el Instituto Nacional Penitenciario. Hace pocos días el alcalde de San Miguel, Salvador Heresi, ha denunciado que delincuentes que actúan en su distrito y que fueron capturados por la Policía están otra vez en libertad por culpa de jueces y fiscales. Eso es cosa de todos los días.

Eventualmente se podría tener una buena Policía, pero las cosas seguirían tan mal como antes si los jueces no sancionaran a los delincuentes. Peor aun, si regresan a la Policía a los malos elementos expulsados de ella, como también ocurre a cada instante.

¿Por qué las elites no están interesadas en una reforma judicial? Por la sencilla razón de que ellos se benefician de la corrupción judicial.

Es notorio, por ejemplo, que el Partido Aprista tiene una enorme influencia en varias instancias judiciales. Otros grupos políticos también. Grandes estudios de abogados, vinculados a partidos políticos, ganan juicios y obtienen prósperos clientes gracias a sus habilidades para manejarse en esa telaraña corrupta.

Eso explica por qué todo el mundo habla de reforma judicial y nadie la realiza.

MUCHO MÁS. Todo lo anterior se refiere a los asuntos directamente vinculados al problema de la seguridad ciudadana. Pero hay mucho más que eso. Por ejemplo, el narcotráfico, que es uno de los poderes más grandes en el mundo actual, y que estados débiles como los nuestros apenas pueden contener. El enorme poder del narcotráfico mina sistemáticamente las instituciones y crea bolsones fuera del control del Estado.

Sin hablar ya de los problemas sociales y económicos, como la pobreza, el desempleo, la desigualdad, la disgregación familiar y otros, que están a la base de la generación de la delincuencia, y que requieren de cambios y políticas de largo plazo.

En síntesis, el problema de la inseguridad ciudadana no es, como ingenuamente se piensa, solamente un asunto de más policías o más recursos o leyes más duras. Se necesita eso, pero muchísimo más.

Casi ningún país en América Latina está haciendo avances serios en el tema. El Perú tampoco.